

Arthur Honegger 

R E N E

por

K E R D Y K

Yo no os ocultaré por más tiempo que el joven Arturo era un niño travieso. No había día en El Havre en que no se dedicara a tirar pedradas y a romper todas las cosas de la casa. Hasta el mármol de las chimeneas supo de sus travesuras. La pobre señora Honegger, su madre, no tenía vida con el pequeño Arturo.

—Usted exagera demasiado, dice una amiga de la familia. Note usted como Arturo ama la música. El no desperdicia tiempo. Más bien estudia. Sus manos son especiales y su oído es sorprendente. Usted tendrá en él un músico.

Sin interesarse particularmente en la música Madame Honegger gustaba de oír a Mozart y tocaba regularmente el piano. Por una corazonada acepta la indicación que se le ha hecho y confía su hijo al organista de San Miguel de quien recibe el travieso pequeño las primeras lecciones de Armonía.

Estamos en la época en que el Gran Teatro del Havre anuncia "Fausto". Por primera vez el joven Honegger va a ir a un espectáculo de esta clase. Para él es una revelación. La fantasía del buen Gounod lo entusiasma en alto grado. Guardará Arthur una gran impresión de esta velada, un gran recuerdo pleno de hechicerías.

Después se entrega a estudios severos y necesarios. El gusto de la música pura lo domina. Las sinfonías y sonatas que improvisaba a la edad de once años las olvida para pensar en otras cosas. No es que se trate de un niño prodigio sino que se ha dado rápidamente cuenta y visión de todo. De seguidas escribe dos óperas: "Philippa" y "Sigismond" que se realizan en tres actos, cuatro cuadros y setenta y siete páginas de cuaderno.

Después de un breve reposo en Zurich el joven compositor se traslada a París. En el Conservatorio tiene por maestros a Gedalge, Widor y Vincent d'Indy. Intima-

mente se une a este grupo, es decir se apropia sus enseñanzas pleno de su visión de artista. La ola se acerca al mar.

Y llegamos a sus treinta años. Su obra "El Rey David" lo revela al gran público. Pero los aficionados llamados puros no le conceden atención. Después siguen "Alcool" al que Apollinaire le presta su colaboración, y "Le Dyt des Jeux du Monde" en el Vieux Colombier, dos piezas éstas que provocan los comentarios más entusiastas. Finalmente las reuniones del grupo de los Seis, Sala Huyghens, han afirmado completamente su personalidad.

De las audacias musicales a la moda, de esas cosas que placen tanto a los espíritus snobs Honegger no aprovecha sino el timbre nuevo, lo que tiene de imprevisto para el enriquecimiento de su paleta sonora. Absorbe y le presta atención a todo. A nada desprecia. Clásicos y románticos atraviesan en vertiginosa y fructífera marcha por sus ojos. Estudia atentamente a Milhaud y a Georges Auric. Los encuentra fuertes. Y apesar de todas sus actividades, de sus aciertos es modesto en sus juicios. nos dirá: "El contrapunto no es un estudio, es una práctica. Es necesario efectuarlo a cada rato como nuestra respiración". Y respira fuertemente el Honegger que da estos consejos. Es decir trabaja. Compone su "Horacio Victorioso". En lo adelante no tendrá otro trabajo sino el escuchar sus voces secretas, reconcentrarse, y construir, ahora bajo la égida de Bach que es su Dios.

Una silueta a lo Beethoven. Un rostro simpático. Ojos hermosos, vivos. El cabello en bucles y con un desorden de exprofeso. La frente alta. El cuerpo muscu-

(Concluye en la página 55)



ARTHUR HONEGGER, el notable creador de "El Rey David" en compañía de su esposa y del célebre escritor Jean Cocteau. Este último aparece sentado al piano.